



HISTORIA GENERAL  
**DE FRANCIA**

POB

D. VICENTE ORTIZ DE LA PUEBLA.

Entregas 208 y 209.

BARCELONA:

IMPRESA Y LIBRERIA RELIGIOSA Y CIENTIFICA DEL HEREDERO DE D. PABLO RIERA,  
CALLE DE ROBADOR NÚM. 24 Y 26.

1874.

Véase el anuncio del dorso.

L47  
1753



247-175

ñalada; sus compañeros marcharon al suplicio entonando la *Marsellesa* (1) (31 de octubre). Los girondinos fueron seguidos por el du-

la mayor indiferencia (6 de noviembre); luego llegó su vez á la señora Roland, la que siempre noble y animosa, saludó el cadalso con



JOURDAN.

que de Orleans, quien profundamente disgustado de los hombres y de las cosas, murió con

estas palabras: «¡Oh libertad! ¡cuántos crímenes se cometen en tu nombre!» (10 de noviembre). La señora Roland habia logrado librar á su marido de la proscripción del 31 de mayo; pero al saber la muerte de su esposa,

(1) Grangeneuve, Birotteau, Guadet, Salles y Barbaroux fueron ejecutados en Burdeos; Buzot y Petion se suicidaron; Condorcet se envenenó, etc.

Roland se suicidó. Luego murieron Bailly, que fué ejecutado en el Campo de Marte con gran refinamiento de crueldad, y los girondinos Kersaint, Manuel, y Rabaud-Saint-Etienne; los fuldenses Barnave y Duport-Dutertre; el ministro Lebrun; los generales Biron, Houchard, Brunet, Lamarlière; la famosa Du Barry, etc.

En estas sentencias se habian guardado algunas formas judiciales; las víctimas tenian alguna apariencia de culpabilidad, y su muerte parecia calculada con un fin de terror político; pero en los lugares que habian sido teatro de la rebelion girondina, y sobre todo de la rebelion realista, condenáronse á muerte, no algunas personas elegidas, sino masas enteras. En Caen y en Marsella, que se habian sometido fácilmente, las víctimas fueron poco numerosas; fuéronlo mas en Burdeos, donde se habian refugiado los jefes de la Gironda, y donde Tallien reinó con poder absoluto entregándose á toda clase de excesos y exacciones; pero en Tolon, en Lyon, en la Vendée, donde la contrarevolucion se habia mostrado sin máscara, donde la exaltacion revolucionaria era llevada hasta la rabia, los comisarios de la Convencion derramaron la sangre como por delirio. En Tolon, Freron y Barras solo pudieron hallar doscientas víctimas, pues la mitad de los habitantes habia huido con la escuadra inglesa. La Convencion, por una medida tan insensata como bárbara, habia decretado la destruccion de Lyon, y la formacion de una nueva ciudad, llamada *Municipalidad emancipada*, cuyas casas habian de ser para los pobres y los edificios públicos. Collot-d'Herbois y Fouché fueron enviados con dos mil hombres del ejército revolucionario para ejecutar ese decreto y castigar á los rebeldes, cuyo encargo cumplieron con feroz estupidez: demolieron las calles mas hermosas, empleando en su obra de destruccion mas de diez mil operarios; crearon una comision de cinco jueces, muy semejantes á los asesinos de setiembre, quienes condenaban á siete personas en un cuarto de hora, habiendo enviado al cadalso, segun su propia confesion, á mil seiscien-

tos ochenta y cuatro individuos; finalmente, encontrandó harto lentos el pico y la guillotina, emplearon la mina contra los edificios y la metralla contra los condenados. «¡Ejercemos la justicia, escribia Fouché, á ejemplo de la naturaleza! ¡venguémonos como debe hacerlo el pueblo! ¡aniquilemos como el rayo!»

Cuantos horrores puede concebir la mente halláronse en Nantes reunidos en la imaginacion de un malvado loco, en Carrier: creyendo justificadas todas las crueldades por los excesos de los vendeanos y la confusion de una guerra civil, hizo asesinar á los habitantes de veinte y dos municipalidades que se habian sometido, mandó sumergir en alta mar algunos buques, en los que se encerraban mas de mil quinientos hombres, mujeres y niños; hizo arrojar al Loira parejas de hombres y mujeres atados entre sí, ejecuciones á que daba el nombre de *matrimonios republicanos*.

«La derrota de los bandidos, escribia á la Convencion, es tan completa, que llegan por centenares á nuestras avanzadas: he tomado el partido de hacerlos fusilar. Lo mismo hago con los que vienen de Angers: por humanidad purgo de tales mónstruos la tierra de la libertad.» Fueron tantas las víctimas tragadas por el rio, que debió prohibirse el beber sus aguas corrompidas. Siempre con el sable en la mano y la blasfemia en los labios, aquel Neron de taberna encontró dignos cómplices en los miembros de la junta revolucionaria de Nantes, y ejecutores en una horda de bandidos, llamada la compañía de Marat: aquellas fieras se saciaron de robos, violaciones y asesinatos; los nanteses acusados de federalismo, fueron objeto de sus furores, lo mismo que los vendeanos, y el número de sus víctimas ascendió á quince mil.

Perdida parecia la causa de la revolucion, mas por los efectos de las tiranías demagógicas, orígenes de todos los disturbios, que por las demás causas políticas que, en realidad, solo fueron secundarias. Contra la miseria, la Convencion decretó el máximo de tarifa para todos los géneros. Se expidieron leyes severísimas contra los agiotistas y monopolizadores;

se obligó á los comerciantes á comprar y vender por mas que perdiesen ó ganasen; se prohibió la entrada á las mercancías inglesas, y al propio tiempo que se quitaba la libertad de comercio, se escamotearon la libertad política y la libertad individual. Se proclamó el estado de sitio en toda la nacion; se estableció la dictadura del comité de *salvacion pública*, que podria mejor llamarse de pública perdicion; se redactó la ley de sospechosos, que arrojó en los calabozos de las cárceles mas de trescientos mil individuos, y se puso sobre las armas un ejército de un millon doscientos mil hombres de todas edades y estados.

Y á la par de estas medidas la guillotina no paraba un instante de cortar cabezas; los nobles, los sacerdotes proscritos ó perseguidos por sospechosos eran en tropel llevados al cadalso; un ejército revolucionario recorría los departamentos llevando en pos la guillotina y decapitando á cuantos eran acusados con ó sin razon de enemigos de la república. ¡Como si hubiese podido contarse una sola persona sensata que en el fondo de su corazon dejase de execrar un régimen que, so pretexto del venerando nombre de república, cometia los mas abominables excesos de tiranía y despotismo! Pero ¡desgraciado el pueblo que se abandona al capricho de los infames explotadores de las masas inconcientes!

10.—Mas á tal punto llegaron los odios políticos, de tal manera se sobrecitaron los ánimos, que los montañeses, causantes y planteadores del régimen del Terror, comenzaron á denostarse primero entre sí, y luego á perseguirse con el mismo encarnizamiento que sintieran para perder á los nobles, al clero, á la familia real y á los girondinos. Los montañeses mas intransigentes, que se titulaban hebertistas de su caudillo Hebert, y dominaban en la municipalidad, pretendian, segun era de ver en su órgano ó diario *El Padre Duchêne*, hacer del Terror el sistema de gobierno de la Francia. La revolucion, como varios habian predicho, iba á ser bien pronto una repetición del Saturno mitológico: iba á devorar á sus propios hijos: habia comenzado

por los girondinos; luego seguirian la misma suerte los hebertistas, y poco despues Danton, Camilo Desmoulins y sus amigos.

El espíritu francés se exalta con mas facilidad que el de los demás pueblos de la raza latina, por mas que su exaltacion suele ser mas pasajera. En virtud de las modificaciones que el régimen político y social habian sufrido, se apoderó de todos los ánimos que estaban por la revolucion un espíritu innovador, una sed de derribar todo lo antiguo y sustituirlo por cosas nuevas, que ni siquiera detuvo á tan impetuoso arranque la institucion mas arraigada en los pueblos, la Religion. Bueno era que se reformase como por ejemplo el sistema de pesas y medidas adoptándose el magnífico sistema decimal que, en verdad, debieran haber adoptado todos los pueblos civilizados. Pero inspirados los franceses por aquel fanatismo de innovar, creyeron que habia de desaparecer todo vestigio del mundo antiguo.

Decretóse, pues, que la nueva era dataria del 22 de setiembre de 1792, dia en que nació la República en Francia. Formóse un nuevo calendario basado en las estaciones. El otoño que comenzaba en 21 de setiembre, se formó de *vendimiario*, *brumario*, *frimario* (de vendimia, bruma y frimás, escarcha); el invierno de *nevoso*, *pluvioso*, *ventoso* (meses de las nieves, de las lluvias, de los vientos); la primavera de *germinal*, *floreale*, *pradial* (de germinar, flores y nacimiento del heno de los prados); el verano de *mesidor*, *termidor* y *fructidor* (meses de segar las mieses, de los calores (1) y de los frutos). Los dias del año recibieron el nombre de diversas legumbres; por cuya razon se apellidó *leguminoso* aquel calendario. Suprimióse el domingo; se dividió el mes en tres décadas ó partidas de diez dias, cada uno de los cuales se designó numéricamente: primidi, doudi, tridi, quartidi, quintidi, sextidi, septidi, octidi, nonidi, decadi. Todos los nombres que recordaban asuntos religiosos ó monárquicos fueron reemplazados. Las calles re-

(1) Del latin *therma*, baños calientes, ó *thermalis*, que calienta.

cibieron los nombres de Hebert, Marat, etc., ó de Igualdad, Municipio, República, Equidad, etc. Algunos pueblos que tenían nombre religioso lo cambiaron también, lo mismo que cuantos llevaban el nombre de Rey ó de Reina, etc.

Con todo, la Convencion habia largo tiempo resistido á las peticiones de suprimir el Catolicismo. Hebert, que hacia gala de ateísmo y no admitia mas que la razon humana como objeto de adoracion, puso en juego toda su influencia para poner trabas á la práctica del Catolicismo. Dos instrumentos suyos, Chaumette y Gloom, van á casa del obispo constitucional de París, y le intimidan, le persuaden, le arrastran, por decirlo así, á la Convencion, y allí el prelado apostata, renuncia á su culto, y no tardó el clero republicano en ser *desacerdotizado*. Las secciones del comité de París renuncian, una en pos de otra, á la *superstición*. Al punto Hebert y Chaumette fomentan el derribo de los templos, la fundicion de las campanas, urnas, custodias, relicarios... Amontonáronse aquellas riquezas en la Convencion y en las Casas Consistoriales. El representante Rhul rompió en la plaza pública de Reims la redoma del óleo santo... las magnificas esculturas de los templos fueron mutiladas sin contemplacion ni discernimiento. En una palabra, triunfaba el ateísmo, acaso mas por cuestion del espíritu de innovacion, que hemos indicado, que por conviccion verdadera de las conciencias; porque el pueblo no puede ser ateo; todo lo mas puede serlo el hombre muy instruido y el rico; pues el pobre necesita esperar en una vida mejor que le compense los trabajos, penas y privaciones de la vida mortal...

Era preciso, empero, que el pueblo tuviese ceremonias y fiestas, por cuanto las fiestas republicanas del 21 de enero, 14 de julio y 31 de mayo no eran suficientes. Imaginaron, pues, entonces Hebert y los suyos celebrar la adoracion de una facultad del hombre, la Razon, á la cual dieron por templo la catedral celebrada por Víctor Hugo, la basilica de Nuestra Señora de París. El día 20 de noviembre,

Chaumette, erigido en pontífice máximo de la nueva religion, entró en la antigua basilica para instalar el nuevo culto. Todos los cuerpos constituidos de la República ocupaban los estrados, magníficamente decorados al efecto. Mujeres vestidas de blanco y adornadas de cinturones tricolores escoltaban á la diosa. «Esta, representada por una jóven apellidada Maillard, con los piés calzados con el trágico coturno, decorado su tocado con el gorro frigio, vestida apenas con una túnica blanca que recubria una clámide flotante de color azul celeste, fué llevada al son de músicas al pié del altar: sentóse en el sitio en que poco antes los fieles veian encerrar la Eucaristía. Detrás de la diosa se ostentaba una antorcha colosal que significaba la luz de la filosofía, destinada á iluminar de allí en adelante el recinto de los templos.» Chaumette pronunció un discurso; leyóse su declaracion de los derechos del hombre; se leyeron las noticias de los ejércitos, y como quiera que se hubiese conseguido una victoria sobre los vendeanos, se cantó un himno patriótico.

Se habia decretado por odio á la monarquía la demolicion de los sepulcros de San Dionisio, donde yacian los restos de tantos monarcas y personas de las familias reales de Francia. El cadáver mismo de Enrique IV, que siempre fuera en aquella nacion respetado y venerado por el pueblo, fué arrojado á la fosa comun, no sin haber recibido antes de Javoques el siguiente *elogio fúnebre* para desencantar al pueblo: «Engañó á Dios, á sus queridas y á su pueblo; que no engañe, pues, á la posteridad ni á vuestra justicia.» Los restos de Turena fueron respetados, y hoy descansan en el panteon de los Inválidos.

Por esa ley constante del Océano, que tras el flujo siente el reflujo, por esa ley de la naturaleza, que tras la accion imprime la reaccion, y, segun el constante ejemplo de la historia de todos los tiempos y países, en pos de los excesos de la Convencion vino el momento del retroceso y de la compensacion; y despues del período álgido de aquella fiebre de desórdenes y crímenes fué menguando la eferves-

cencia, fué recobrando su imperio la razon, la de esa misteriosa luz que brilla en la mente de todo hombre sensato y no agitado por ardorosas pasiones. En pos de los excesos contra la religion se vió á muchos hombres animosos tomar públicamente la defensa de ella; las persecuciones contra los girondinos hicieron nacer la política moderada representada

del partido de Hebert y el comité de salvacion pública; denunciaron primero á los hebertistas acusándoles de corromper la nacion propagando el ateismo. «El ateismo es democrático, decia Robespierre; si Dios no existiera seria preciso inventarlo;» el dia 24 de marzo de 1794 fueron ejecutados los hebertistas en la plaza de la Revolucion.



COLLOT Y BARRERE SON DEPORTADOS.

por la mayoría del grupo derecho de la Convencion.

Sin embargo, el sucesor de Marat, el licenciado y poco honrado Hebert se ensañó contra tales moderados hasta conseguir honda division en la Montaña misma. Quería ese antiguo vendedor de contrasenas de teatro y desleal dependiente de comercio dominar por entero la situacion y erigir el sistema del terror en gobierno regular. Robespierre, Danton y Desmoulins quisieron detener aquel fanatismo y atacaron resueltamente á los anarquistas

Pero Robespierre, que si se habia puesto al lado de Danton y Desmoulins era tan solo con objeto de hallar apoyo contra Hebert y los suyos para luego despues deshacerse de ellos y quedar dueño absoluto del gobierno, acusó á su vez á Danton y Desmoulins con sus partidarios, quienes fueron llevados á la guillotina el dia 5 de abril, acusados de querer restablecer la monarquía entronizando al principe de Orleans.

11.—Robespierre decidió entonces detener la revolucion proponiéndose reconstruir con las

ruinas del pasado una sociedad nueva calcada en doctrinas semirevolucionarias, pretendiendo á la par ser el único poder de la nacion, y en verdad que su autoridad habia llegado á su apogeo. Mandó llamar á Carrier, amenazó á varios de los que se habian señalado por sus excesos sanguinarios y protegió á los miembros de la derecha de la Asamblea, así como á varios nobles y sacerdotes. Los comités vieron con espanto la dictadura que les amagaba, y se entabló indirectamente la lucha con motivo de la fiesta del Ser Supremo, instituida por iniciativa de Robespierre, y celebrada con pompa y aparato teatrales. Robespierre contestó á la lucha haciendo que Couthon propusiera, sobre organizacion del tribunal revolucionario, una ley que, para acelerar las muertes jurídicas, borrara hasta la sombra de las formas legales y pusiera la Convencion bajo la guillotina pública. Así creia tener á raya á sus adversarios; pero si aquella ley atroz, llamada del 22 pradiar, fué adoptada, sufrió varias modificaciones que hicieron fracasar el plan de su autor.

No obstante, era inmensa todavía la fuerza de Robespierre; nadie podia atacar su probidad, nadie habria osado pronunciar todavía la palabra tirano, mas no pocos confiaban que en aquellas circunstancias tan terribles no habia de tardar mucho Robespierre en ser devorado por la revolucion. El comité de seguridad general, comprendiendo que no podia atacarle de frente, tuvo la idea de socavar la sólida base del poder de aquel hombre persiguiendo á una secta fanática que «veneraba á Robespierre como al Mesías anunciado por el Ser Eterno para reformar todas las cosas,» cuya sacerdotisa se llamaba Catalina Theot. Robespierre procuró salvar la secta de sus adoradores, mas no lo consiguió, y furioso de tal contrariedad dejó de parecer en el comité de salvacion pública y se retiró al club de los jacobinos aguardando la ocasion de descargar un golpe terrible á sus enemigos. Semejante retirada era una grave falta, por cuanto daba tiempo á sus adversarios para fortificarse y á sus amigos para comprometerle.

Entre tanto los efectos de la ley del 22 del pradiar se hacian sentir: el terror redoblaba recayendo toda su odiosidad en Robespierre. Los jurados opinaban inmediatamente; las sentencias se redactaban de antemano y cada dia se veian en la plaza de la Revolucion y la barrera del Trono numerosos carros cargados de infelices que iban á morir en el patíbulo: el populacho comenzaba á cansarse de tantos suplicios, las tiendas se cerraban al aproximarse aquellos siniestros cortejos: en cuarenta y siete dias murieron mil cuatrocientas personas, entre las cuales se ha de contar el parlamento todo de Tolosa, los generales Noailles, Beauharnais y Mouchy, los poetas Andrés Chenier y Roucher, varias mujeres y un niño de diez y seis años. El tribunal se contentaba con identificar las víctimas, y aun así se equivocaba varias veces: un padre que respondió al emplazamiento dado á su hijo fué guillotinado en vez de este; un error de nombre ocasionó la muerte de otro inocente. En suma, eran aquellos tiempos tanto ó mas terribles que aquellos en que Carrier se envanecia de sus *casamientos republicanos* y en que el sanguinario Lebon cometia sus infames barbaridades en el Norte.

Tan horrible situacion no podia ser duradera, á mayor abundamiento cuando todas las clases de la sociedad estaban aterradas por los largos trastornos anteriores. Alzóse un clamoreo de general compasion por las víctimas, y de indignacion contra los autores de aquellos abominables crímenes de lesa humanidad, y especialmente contra Robespierre, que aun lo dirigia y mandaba todo aunque se abstuyese de parecer por el comité de salvacion pública. Sus enemigos explotaron aquellos arranques de la opinion, le acusaron de aspirar á la dictadura y meditar contra la Asamblea otro 31 de mayo, é hicieron circular inmensas listas de persecucion que, segun decian, él habia hecho redactar. El dia 8 del termidor se trabó la contienda en el seno mismo de la Convencion: Robespierre cansó á los diputados con una interminable apología y los irritó con sus amenazas y declaraciones; pues pidió que todo el

gobierno se reconstituyese y se castigara á los traidores, designando entre ellos á la mayor parte de los miembros de los comités, sin exceptuar á Carnot y Cambon, que á la sazón salvaban la república organizando la hacienda y la guerra. Borrascoso y largo tiempo indeciso siguió el debate; mas la defección de Barrere, arrastró toda la Llanura: la Asamblea negóse á votar la impresion del discurso de Robespierre, quien en vista de aquel percance corrió á ponerse al amparo de los jacobinos. Estos juraron defenderle, y la municipalidad preparó para el día siguiente una insurrección.

El día 27 de julio (9 del termidor) la lucha empezó de nuevo. Los jacobinos estaban de parte de Robespierre prontos á obrar en favor suyo, conforme queda dicho. Saint-Just llegaba en aquel entonces del ejército. Los dos Robespierre, Lebas, Couthon, están sentados uno al lado de otro. Apenas Saint-Just empieza desde la tribuna á atacar los comités, cuando Tallien sube á la tribuna para una proposición de orden. Billaud-Varennes sube después á ella y denuncia ante la Asamblea que los jacobinos están sediciosamente en sesión permanente en las Casas Consistoriales, y toda la Asamblea aplaude furiosamente aquella denuncia. Lebas quiere interrumpir al denunciador; mas este tomando nuevos bríos acusa entonces á Robespierre de querer pasar á cuchillo la Asamblea nacional, y Robespierre, pálido, livido de coraje se encamina á la tribuna de la cual Tallien le cierra el acceso, diciéndole: «Ayer ví como se formaba el ejército del nuevo Cromwell, pero yo me he armado de un puñal para hundírselo en el pecho si la Convención no tiene valor para decretar su acusación.»

Furioso Robespierre y aterrado ante la audacia de sus enemigos, se queda en las gradas de la tribuna, desde las cuales pretende en vano hacerse escuchar: los gritos y ruidos apagan su voz en tanto que solo se oye pedir que se le prenda allí mismo. Robespierre dirige entonces una mirada suprema á la Montaña, pero esta se desentiende lo mejor que puede. Vuelve Robespierre los ojos á la Lla-

nura, y exclama: «A vosotros, hombres virtuosos, me dirijo ahora, y no á los bandidos;» respóndenle con amenazas en tanto que él pretende apoderarse de la tribuna. «Por última vez, presidente de los asesinos, dice á Thuriot, te pido la palabra.» Robespierre se desgañita, y entonces le dice Garnier del Aude: «La sangre de Danton te ahoga.» Promuévese un tumulto indescriptible, oyéndose vociferar por do quiera «¡A votar, á votar!» Decretóse la acusación de Robespierre á la vez que la de Couthon y Saint-Just. Su hermano y Lebas quisieron asociarse á su suerte. Se les prendió y llevó en seguida á diversas cárceles.

Entré tanto el consejo municipal, reunido en las Casas Consistoriales, había tomado sus medidas para llevar á cabo una insurrección á las seis de la tarde: el alcalde manda tocar á rebato, reúne algunos batallones de las secciones, los cuales envía á libertar á los prisioneros que fueron llevados en triunfo á las Casas Consistoriales. Quedaba, pues, empeñada la guerra entre los dos poderes rivales, los representantes de París y los de Francia. El comandante Henriot, obedeciendo á la municipalidad, se situa en la plaza del Carrousel, hace apuntar los cañones contra la Convención; pero esta en aquel momento decisivo desplegó una grande energía poniendo fuera de la ley al comandante Henriot. Los artilleros obedecieron á la Asamblea, y apenas tuvo Henriot tiempo para escaparse. La Convención declara igualmente fuera de la ley á la municipalidad de París, á Robespierre y todos los suyos, llama á la guardia nacional para que la defienda y hace marchar á las Casas Consistoriales un grupo imponente de fuerzas que se apoderan de los sentenciados, no sin antes dejar tiempo á Coffinhal para que arrojase por la ventana á Henriot, tratándole de cobarde; á Lebas para matarse de un pistoletazo; á Robespierre (el joven) para arrojarse por una ventana sin matarse, y á su hermano para que intentase suicidarse como Lebas; pero un gendarme le tiró un pistoletazo que le hirió la mandíbula. En medio de los ultrajes de la muchedumbre misma que acaso aplaudiera

las terroríficas medidas de Robespierre y los suyos, fueron llevados al cadalso, terminando así con su vida el espantoso régimen. Veinte representantes fueron igualmente enviados al

hijos, y en verdad puede añadirse que el régimen del terror tuvo un fin merecido. El populacho, la escoria de la sociedad, que había vivido febrilmente en medio de la desolación



BOISSY D'ANGLAS SE DESCUBRE ANTE LA CABEZA DE FERAUD (20 MAYO DE 1795).

suplicio aquel mismo día ó el siguiente sin ni siquiera tomarles declaración ni seguir forma alguna de proceso.

Como hemos dicho, la revolución, cual nuevo Saturno, había ido devorando á sus propios

y trastornos de aquel régimen, afrentaba como en digno castigo á los mismos que tanto quizás habían fomentado sus vehementes pasiones de destrucción y desorden. Durante los catorce meses del terror fueron sentenciadas

y llevadas al cadalso por orden del tribunal revolucionario dos mil seiscientos sesenta y nueve personas. ¿Mas cómo calcular, cómo contar las víctimas de los enemigos de la sociedad que aprovechan los grandes disturbios para saciar su infame cupidez? ¿y cómo enumerar las muertes producidas por los Couthon y los Collot-d'Herbois en Lion, de los Carrier en Nantes, de los Freron en Tolon y Marse-

en los ánimos, aquellos hombres no vencieron á Robespierre aparentando una moderacion y templanza que acaso no sentian, sino que la hacia necesaria la opinion pública espantada de los rigores de Robespierre y los suyos. Y en efecto, «toda la nacion exclamó que se habia acabado la tiranía castigando á los tiranos, y esta creencia la hizo terminar;» abriéndose de tal suerte mas ancho curso á la reaccion que,



DESTRUCCION DE POLONIA POR LOS RUSOS (1794).

lla, de los Tallien en Burdeos, de los Lebon en Arras, y otros tantos como se distinguieron por su ferocidad salvaje en distintos departamentos de Francia?

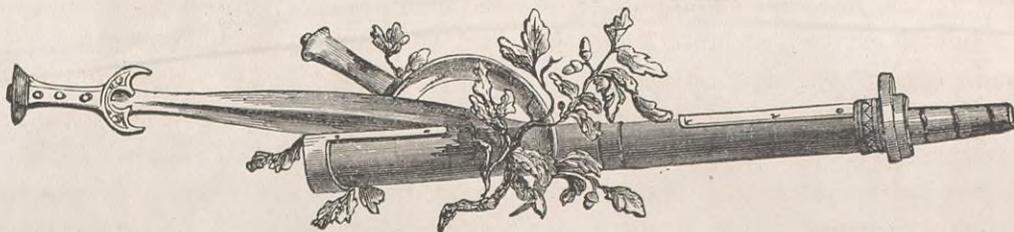
12. — Digno es de notarse que algunos de los que mas contribuyeron á la caída de Robespierre eran de aquellos mismos que habian dado grande impulso al régimen del terror; eran de aquellos hombres que decian con Barrere: «Los muertos no estorban.» Pero como señal evidente de la reaccion que se operaba

no obstante sus excesos, iba á dar algun respiro á los franceses. La guillotina dejó de ser la ley principal y mas terrible del gobierno, y si bien es verdad que los partidos prosiguieron ciegos y obstinados en combatirse por mucho tiempo dando motivo lógico y natural para la dictadura, en cambio el pueblo no habia de presenciar el execrando espectáculo de treinta ó cuarenta y á veces mas cabezas rodando por los cadalsos.

En resumen, se aplacaron todos los furores

del gobierno; se amenguó la importancia de los comités de salvacion pública y de seguridad general; la ley del 22 del pradiel quedó relegada; abriéronse las cárceles y solamente de las de París recobraron la libertad mas de diez mil personas en su gran mayoría inocentes; la Convencion se arrogó los poderes de la municipalidad de París, que por tanto tiempo habia neutralizado y á veces dominado el poder de su rival, la Asamblea; el club de los jacobinos, último refugio del partido vencido, fué disuelto con unánime aplauso de toda la Francia, y Carrier y otros asesinos como él fueron llevados al patíbulo. Lebon y Fouquier-Tinville, el delator y acusador público, no fueron sentenciados hasta el año siguiente; Collot-d'Herbois, Barrere, Villaud-Varenes y Vadier fueron deportados á Cayena despues de un último esfuerzo del partido jacobino, que

habia intentado apoderarse de la situacion sublevando los arrabales de París (20 de mayo de 1795). Los sublevados invadieron la sala de la Convencion, mataron al diputado Ferraud y clavando su cabeza á la punta de una lanza la presentaron al presidente de la Asamblea, Boissy-d'Anglas. Este se descubre, inclinándose á la par, y con su sangre fria y dignidad se impuso á aquellos hombres feroces. Procedióse en seguida al desarme de los barrios donde se habia efectuado la rebelion y la paz interior reinó de nuevo por algun tiempo. Se depuraron todas las administraciones locales y las municipales; los seccionarios no recibieron ya los cuarenta sueldos; se abolió el máximun y se prohibieron las requisas, y por último las clases oprimidas volvieron á alzar la cabeza, llenándose de alegría los corazones de casi todos los franceses.



## CAPÍTULO IV.

1. Estado de la guerra con los aliados. — 2. Victorias y derrotas de los vendeanos. — 3. Campaña del verano de 1794. — 4. Campaña del invierno de 1794 á 1795. Conquista de la Holanda y de Guipúzcoa. — 5. Tratados con España y Prusia. Quiberon. — 6. Derrotas navales. — 7. Constitucion del año III de la república (1795). — 8. El 13 vendimiario (5 de octubre de 1795). — 9. Resúmen de las instituciones principales de la Convencion.

1.—En medio de los trastornos civiles que los partidos de la Convencion promovian en Francia, los aliados contra esta conseguian señaladas ventajas; pues si no habian alcanzado una completa victoria á su extrema derecha cerca de Dunkerque, en cambio se habian apoderado á su izquierda de todo el país invadido: dueños allí del Escalda, Condé y Valenciennes, y del intervalo entre el Escalda y el Sambra, con el Quesnoy y Mons, mu-

cha suerte tuvo Carnot con impedir que el príncipe de Coburgo tomara la plaza de Maubeuge; porque, de lo contrario, no solamente el ejército francés no habria podido avanzar como no avanzaba por aquella parte, sino que tambien habrian tenido que retroceder en razon á que el príncipe habria contado con otras plazas desde donde pudiera estenderse y acometer á los franceses.

Los ejércitos del Rhin y del Mosela habian

perdido la batalla de Pirmasens (14 de setiembre) y las líneas de Visemburgo (13 de octubre), y los prusianos y austríacos conseguían avanzar por los Vosgos. No obstante, á últimos de aquel año (1793) el general francés Hoche, después de sufrir algunas derrotas, consiguió hacer repasar el Rhin en tanto que los austríacos retrocedían por verse descubiertos á su izquierda, y fué á invernar en el país enemigo, el Palatinado.

Pero esa lijera ventaja quedaba compensada con sus pérdidas en Italia, donde las tropas francesas disputaban á los piemonteses la cordillera de los Alpes, y sufrieron fuertes derrotas. Por otra parte los españoles atacaban por el Mediodía y hacían retirar el ejército republicano á Perpiñán. Todo presagiaba, pues, que la campaña siguiente había de ser terrible para la Francia.

2.—Sin embargo, si los asuntos extranjeros presentaban tan mal cariz, en cambio la Convención veía su próximo y completo triunfo sobre la guerra civil. Los republicanos habían tomado á Lion y Tolon, que eran, por decirlo así, las dos únicas plazas importantes que se resistieron por más tiempo á los republicanos. Quedaba no obstante en el interior la guerra de los vendeanos. En la Bretaña y en el Maine los *buhos* hacían una guerra de partidas y emboscadas. Pero los aldeanos y campesinos del Poitu meridional siguieron con ardor la guerra que había comenzado en la pequeña villa de San Florencio, situada á la orilla izquierda del Loira, mas abajo de Angers. El día 10 de marzo de 1793 los jóvenes de aquel canton fueron llamados á comparecer para entrar en la leva de los trescientos mil hombres que la Convención había decretado. Comparecieron, pero decididos á no obedecer, se amotinaron, rechazaron á los gendarmes y se apoderaron de la casa de la villa, saqueando y destruyendo cuanto en ella había. Tal fué el origen de aquella terrible guerra cuyos primitivos progresos hemos visto en el capítulo anterior; y como quiera que la Convención conociera la importancia de aquella guerra intestina, resolvió dedicar á ella toda

su atención para ponerle pronto y definitivo término. El día 14 de agosto cuarenta mil vendeanos que se encaminaban á Luzon, donde estaba el general Tuncq con seis mil hombres, aceptaron de este la batalla en campo llano y fueron completamente dispersados; mas el día 5 del mes siguiente tomaron la revancha en Chantonnay á pesar del valor y pericia de Marceau.

En aquel entonces llegaron á la Vendée los soldados que habían capitulado en Maguncia y que por espacio de un año no podían batirse contra los aliados. Formáronse de las fuerzas republicanas cuatro divisiones decididas á salir al mismo día de Saumur, Nantes, Sables y Niort para separar á los vendeanos del mar, donde acababa de divisarse una escuadrilla inglesa, y arrojarlos de las lagunas y playas á los bosques; pero á consecuencia de contraórdenes imprudentes suspenden la marcha tres divisiones, dejando por algún tiempo á la cuarta expuesta á los ataques del enemigo. Veinte mil vendeanos, pues, atacan á esa división, mandada por Canclaux, cargando sobre la vanguardia: componíase esta de dos mil maguncianos al mando del valeroso Kleber; pero á pesar de su bravura tuvieron que retroceder ante el número y arrojo de los vendeanos. Para evitar Kleber la mengua de una retirada que implicaba sin duda la derrota de la división, resolvió detener al enemigo en el paso de un puente á cuya defensa puso á un oficial y algunos soldados, diciéndoles: «Amigos míos, aquí teneis que hacerlos matar,» y se cumplió aquella orden. Aquel mismo día perdió la columna de Angers los puentes de Ce, y el día antes Santerre con la columna de Saumur había sufrido un grande descalabro en Coron. Al propio tiempo sufrió el ejército republicano otro revés en Montaigu, y Canclaux se vió obligado á retirarse á Nantes.

De manera que muy á tiempo decidió la Convención hacer esfuerzos para sofocar la guerra de los vendeanos; los triunfos de estos infundían esperanzas á todos los enemigos de la revolución, y mal podía confiarse en vencer á los extranjeros teniendo en el inte-

rior una guerra que, si al principio pareció de poca monta, ya en aquel entonces necesitaba numerosos y bien organizados ejércitos del gobierno para terminarla.

Aquella era una guerra encarnizada en la que por una y otra parte se tomaban crueles y sangrientas represalias, pareciendo que á medida del rigor aumentaba la tenacidad de la resistencia. Las mujeres y hasta los niños y ancianos de la Vendée, no contentos con excitar á los suyos, tomaban á su vez las armas, desesperando á la Convencion, que no era el gobierno mas á propósito para emplear la suavidad y dulzura. No se ocultaba al gobierno que aquella guerra era la única que le ocasionaba los mayores obstáculos, y en consecuencia resolvió emplear todos los medios para dominar, ó mejor dicho, exterminar á los vendeanos.

«Destruid la Vendée, decia Barrere, y Valenciennes y Condé no estarán mas tiempo en poder del austriaco. Destruid la Vendée, y el Rhin quedará libre de los prusianos. Destruid la Vendée, y España se verá hostigada por los meridionales. Destruid la Vendée, y una parte de nuestro ejército del interior irá á reforzar el valeroso ejército del Norte, tantas veces engañado. Destruid la Vendée, y Lion no resistirá mas, Tolon se sublevará contra los españoles é ingleses, y el espíritu de Marsella se elevará á la altura de la revolucion republicana.»

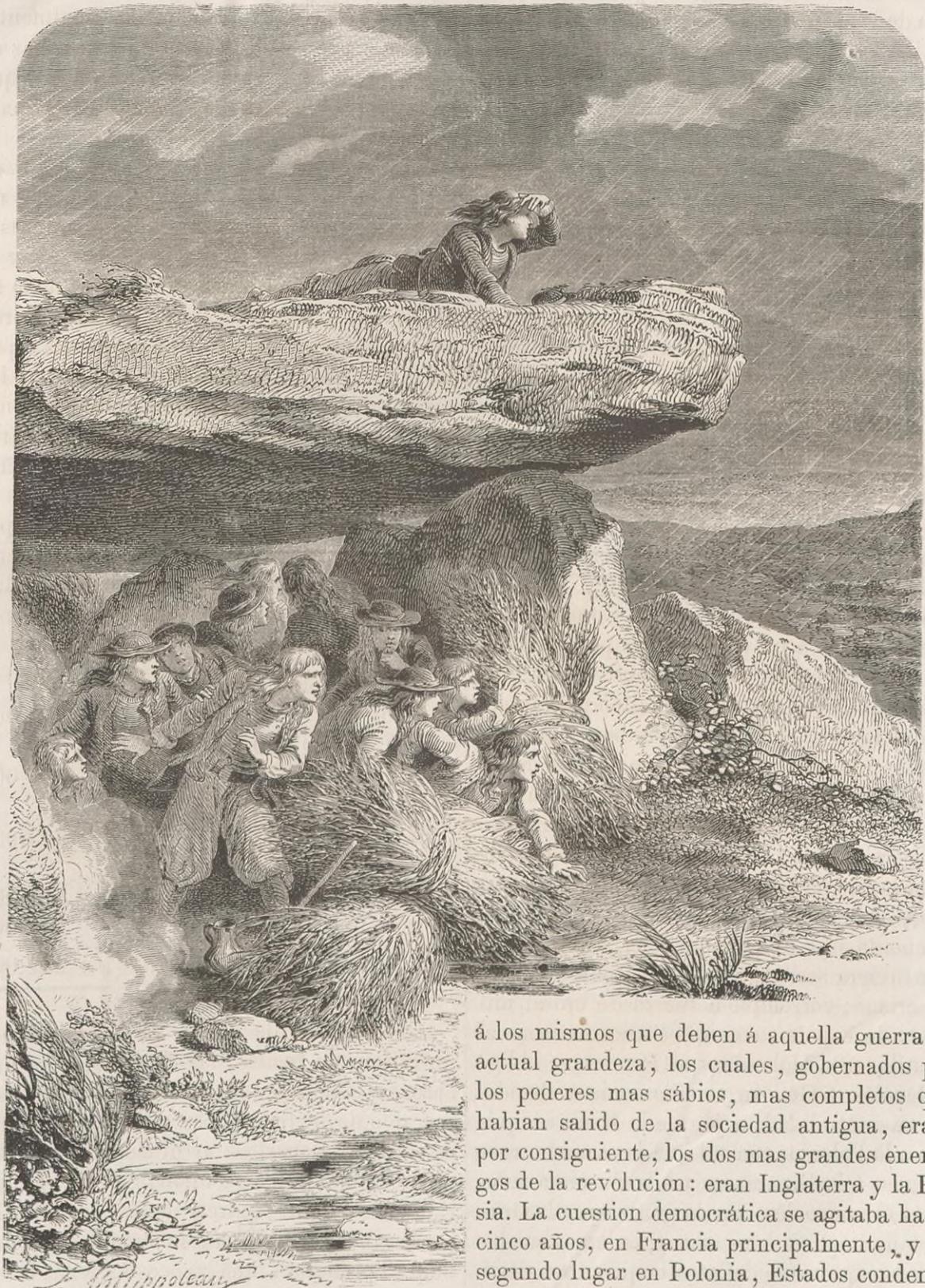
La Convencion manda á sus generales terminar aquella guerra antes del 20 de octubre, y, como dice Barrere, antes del invierno, antes de que los caminos se hallen impracticables, antes de que aquellos bandidos encuentren la impunidad en el clima y la estacion. A consecuencia de aquellas órdenes, los vendeanos tuvieron en el espacio de once dias cuatro grandes descalabros que quebrantaron la fuerza moral de la insurreccion y causaron la pérdida de Lescure, el jefe principal acaso de los vendeanos: Bonchamp y d'Elbé fueron muertos en Chollet (17 de octubre), no sin que antes el primero obtuviese el perdon de cuatro mil prisioneros republicanos que los suyos querian fusilar.

Despues de aquel gran desastre se retiraron al Loira ochenta mil vendeanos; hombres y mujeres, niños y viejos, pasan el rio junto á Varades para sublevar el Anjú, el Maine y la Bretaña; baten á los republicanos cerca de Laval (día 27 de octubre) y penetran hasta Grandville, esperando desde allí tender la mano á los ingleses; pero la plaza de Grandville los rechazó y decidieron volverse hácia Angers para entrar en los bosques vendeanos. «En el camino único que podian seguir los vendeanos, dice la señora de Bonchamp, los republicanos transportaron un grande monton de leña al cual le pegaron fuego. Todo el camino presentaba el aspecto de una larga avenida, cuyos árboles, caidos é inflamados, formaban en toda su estension un brasero dilatado. Los realistas se vieron precisados á pasar á través de aquel incendio con toda su artillería y á riesgo de que volaran sus cajas de municiones. Veíase con estremecimiento arrastrar montones de pólvora por un terreno humeante, negro y cubierto de chispas, en el cual á cada momento caian y rodaban por el suelo tizonas ardiendo. Tanto terror infundia aquel paso, que reinaba un profundo y sombrío silencio en todo aquel ejército compuesto á lo menos de sesenta mil hombres de la Vendée.»

Despues de aquel horrible paso, en que muchos vendeanos sufrieron quemaduras y contusiones mas ó menos graves, se encontraron con los pasos cerrados del Loira. Entonces el ejército republicano, apostado convenientemente, se echó sobre ellos causándoles una horrorosa mortandad en el Mans (13 de diciembre), acabando con ellos diez dias despues en Savenay (22 de diciembre). Tan solo unos mil hombres pudieron escaparse y reunirse con los *buhos* de la Bretaña. Las *columnas infernales*, como las llamaban los vendeanos, no tuvieron que sostener mas que algunos combates aislados en la Vendée, donde Charette, La Rochejacquelein y Stofflet se mantenian todavía. Tambien acabaron pronto con la insurreccion de Bretaña; y en pos de aquellos terribles reveses vinieron las persecuciones y suplicios sin piedad; todos aquellos que

habian tomado una parte, siquiera indirecta en la guerra, fueron fusilados.

3.—«La guerra con los aliados, dice Lavallée, solo habia aprovechado á dos Estados,



«HUANERIA. Ó LOS BUHOS (PARTIDO REALISTA).

á los mismos que deben á aquella guerra su actual grandeza, los cuales, gobernados por los poderes mas sábios, mas completos que habian salido de la sociedad antigua, eran, por consiguiente, los dos mas grandes enemigos de la revolucion: eran Inglaterra y la Rusia. La cuestion democrática se agitaba hacia cinco años, en Francia principalmente, y en segundo lugar en Polonia, Estados condenados á la destruccion por la coalicion de los

reyes y de los nobles. La Rusia se habia encargado de domar á Polonia. «Donde dos desmembramientos no habian impedido la expansion de los principios franceses,» y que entonces iba á arriesgar en una última insurreccion los restos de su gloriosa existencia (marzo del año 1794). La Inglaterra se hallaba sola, por decirlo así, en la guerra contra la Francia, pues la Prusia y la España se hallaban dispuestas á retirarse de una coalicion en la que se veian las víctimas de sus aliados, y la Holanda, el Piamonte y el Austria empezaban á cansarse de sus repetidas derrotas; sin embargo, Pitt desplegó todos los recursos de su genio para reanimar una guerra que, salvando á la aristocracia británica, acababa de dar á la Inglaterra, sin disparar un cañonazo, el imperio de los mares, objeto de sus deseos y esfuerzos. A pesar de las turbulencias democráticas que agitaban á varios condados; de las declamaciones de los clubs, que pedian la convocacion de una Convencion nacional, de la elocuente oposicion de Fox y de Sheridan, que calificaban de injusta y onerosa una guerra hecha á un pueblo libre para aumentar la prerogativa real, Pitt obtuvo del Parlamento cuantas medidas solicitó «para impedir que la demagogía sustituyese sus sediciosas utopias á la constitucion británica,» es decir, para lograr la destruccion de los clubs, la suspension de la libertad individual, el aumento del ejército y de la marina, la autorizacion de asalariar á cuarenta mil emigrados ó extranjeros, etc. El ministro dió á la Prusia ciento cincuenta mil libras esterlinas, á fin de que mantuviera sesenta y dos mil hombres sobre las armas; corrompió á fuerza de oro al ministro de España; comunicó nuevo encono al Austria, á la Holanda y al Piamonte; obligó á Nápoles, á Génova y á Florencia á abandonar su neutralidad; dejó que la Rusia aniquilara á la Polonia, con tal que la escuadra rusa obligase á la Dinamarca y á la Suecia á reconocer el nuevo derecho de gentes que la Gran Bretaña imponia á los mares; ordenó á sus buques la captura de cuantos buques iban destinados á Francia, y apresó en las embarcacio-

nes americanas marineros para sus escuadras: envió una formidable armada á las Indias, otra á las Antillas y otra á Jersey; desembarcó cuarenta mil hombres en Holanda, y finalmente, habiendo los aliados puesto en línea mas de cuatrocientos mil hombres, hizo resolver que la tercera parte de dichas fuerzas se destinase á marchar sobre París.

Esto no obstante, y á pesar del ardor de Pitt, la coalicion se hallaba reducida á los recursos metódicos y regulares de sus quintas y de su hacienda, mientras la Francia, por el contrario, que empleaba en la guerra toda su poblacion, todas sus riquezas, todos sus recursos de la civilizacion y de la ciencia, oponia á los aliados fuerzas sin ejemplo en los anales modernos. La leva en masa, del cual solo los primeros batallones habian contribuido á los triunfos de la última campaña, habia dado quinientos mil hombres.

Segun un documento publicado en 1815 por el ministerio de la Guerra, las levas de hombres hechas durante la guerra de la revolucion hasta la paz de Campo-Formio, fueron las siguientes:

Quintas y voluntarios antes del 1.º de marzo de 1793. . . . .	309,000
Quinta de 300,000 hombres (decreto de 24 febrero de 1793). . . . .	164,000
Quinta permanente (decreto de 23 de agosto de 1793). . . . .	425,000
Cuerpos aislados formados espontáneamente. . . . .	114,000
Ejército de línea en 1792. . . . .	220,000
TOTAL. . . . .	<u>1,232,000</u>

Las fábricas de armas habian producido un millon de fusiles; las fundiciones podian aprontar siete mil cañones cada año; habianse extraido de la tierra doce millones de libras de salitre; la marina, arruinada por la emigracion, habia sido reclutada merced al vigor tiránico de Saint-André y de Prieur, entre los campesinos y los capitanes mercantes: sesenta buques protegian nuestras costas, y los intrépidos corsarios habian capturado ya cuatro-

cientas embarcaciones al comercio británico.

El ejército del Norte, mandado por Pichegru, contaba ciento sesenta mil hombres, divididos de este modo: la izquierda, entre Lilla y Dunkerque, tenía setenta mil; el centro, entre Cambrai y Bouchain, cincuenta mil, y la derecha, entre Maubeuge y Avesnes, cuarenta mil. Los aliados disponían de fuerzas casi iguales: Clairfayt, con treinta mil hombres, dominaba el Sambra, y en el centro Coburgo, con cien mil, puso sitio á Landrecies, á fin de marchar por Guisa hácia París luego de tomada aquella plaza. Los franceses, siguiendo el plan de Carnot, que había echado en olvido su gran principio de combatir en masa, trataron primeramente de hacer levantar el sitio de Landrecies, pero sus desordenados ataques contra toda la línea enemiga quedaron sin resultado alguno. Entonces se resolvió operar con las dos alas en el Lys y en el Sambra, mientras que el centro atacase á Coburgo; pero el centro fué completamente derrotado en Troisville (26 de abril de 1794), y su derrota apresuró la rendición de Landrecies; la derecha se limitó á hacer un inútil paseo militar, y la izquierda solo debió su salvación á una falta de Coburgo, el cual permaneció inmóvil despues de la toma de Landrecies, al mismo tiempo que el ejército de Lilla, mandado por Moreau y Souham, se apoderó de Courtray y de Menin, derrotó á Clairfayt en Moncrou (29 de abril), y en seguida á Courtray (10 de mayo). Al ver Pichegru el buen éxito del ataque en su izquierda, dividió su centro entre sus dos alas, y dejó únicamente veinte mil hombres en Guisa, delante de Coburgo, el cual vacilaba entre marchar al auxilio de Clairfayt ó de Kaunitz. El ejército del Sambra, dirigido por los representantes Saint-Just y Lebas, y mandado por los generales Desjardins y Charbonnier, debía verificar contra la izquierda de los aliados, colocada entre Mons y Charleroy, el mismo movimiento que había realizado en su derecha el ejército de Lilla; tres veces pasó el Sambra, y otras tantas se vió obligado á retirarse, despues de las tres batallas de Grandreng, de Pe-

chant y de Marchiennes, en las que perdió diez mil hombres (10, 20 y 26 de mayo). Ambos representantes se hallaban sin cesar con el sable en la mano á la cabeza de las columnas, haciendo temblar á los generales por su severidad, y excitando con su valor el entusiasmo de los soldados; sus esfuerzos fueron inútiles, y á la cuarta vez que pasaron el río fué seguida de una cuarta derrota.

En tanto, Coburgo, dividiendo su centro á ejemplo de Pichegru, había enviado refuerzos á Kaunitz, mientras que se dirigía en persona á Clairfayt, resolviendo interceptar la comunicación con Lilla á Moreau y á Souham, que se encontraban en Courtray; para ello dirigió sus tropas diseminadas desde Thielt hasta Saint-Amand, hácia Turcoing: mas los generales franceses, que habían reunido rápidamente en aquel punto sesenta mil hombres (día 18 de mayo), sorprendieron á las columnas austríacas, las derrotaron y las obligaron á retirarse con una pérdida de tres mil hombres y de sesenta cañones. El día siguiente llegó Pichegru y emprendió la persecución del enemigo; pero despues de una sangrienta batalla dada en Pont-à-Chin, en el Escalda, vióse obligado á tomar sus primeras posiciones. Entonces puso sitio á Ipres á fin de atraer á Clairfayt y de vencerlo aisladamente; y en efecto, este, al avanzar hasta Hoogledede, experimentó una nueva derrota, é Ipres abrió sus puertas (17 de junio).

Hacia dos meses que las fuerzas de ambos partidos chocaban entre sí ó corrían desde el Sambra hasta el mar, sin que aquellos multiplicados movimientos, aquellos sangrientos choques hubiesen dado resultado alguno; pero en aquel momento Carnot conoció los defectos de su plan, y reparólo todo por medio de una maniobra decisiva. El ejército del Mosela, compuesto de sesenta mil hombres á las órdenes de Jourdan, había permanecido en una inacción casi completa desde que había sido levantado el bloqueo de Landau, cuando aquel general recibió la orden de incorporarse con cuarenta y cinco mil hombres al ejército del Sambra; púsose en marcha sin pérdida de

momento, y llegó en el instante en que Saint-Just y Lebas, despues de haber pasado por quinta vez el rio y atacado á Charleroy, aca- nombre de Sambra y Mosa ; pasó el Sambra y atacó Charleroy ; pero antes de que se hallase en línea todo su ejército, fué detenido



PACIFICACION DE LA VENDÉE (FEBRERO DE 1793).

haban de ser rechazados de nuevo (3 de junio). Jourdan tomó el mando de ambos ejércitos, que formaban un total de unos cien mil hombres, y que fueron confundidos bajo el en las alturas de Fleurus por todas las fuerzas enemigas, y despues de una obstinada resistencia, tuvo que pasar otra vez el rio (16 de junio).



# LA PASION DEL REDENTOR,

POR JOSÉ PALLÉS.

OBRA DEDICADA

AL EMINENTÍSIMO SEÑOR CARDENAL ARZOBISPO DE VALENCIA.

## PROSPECTO.

Al ofrecer al público con la presente obra, la segunda de la sección religioso-recreativa, que inauguramos con la del mismo autor, titulada: *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, creemos hacer un relevante servicio á la Religión, á las letras, á las artes, y especialmente á las familias católicas, que buscan una lectura conforme en todo con sus sentimientos, y que al par que les edifique, les instruya, les moralice y les recree, tanto por lo menos como la novela de mayor interés.

*La Pasión del Redentor* que hoy anunciamos, es una obra original bajo todos conceptos. Fruto de profundos y concienzudos estudios, podemos asegurar que es un verdadero monumento levantado á la gloria del Catolicismo, monumento tan magnífico, que no conocemos otro igual entre las lenguas vivas de la culta Europa. Ni un detalle hay en *La Pasión del Redentor* que no sea perfectamente exacto; ni un tipo que no sea perfectamente histórico. Los personajes que entran en escena en el tremendo drama del Gólgota que desarrolla inimitablemente el Sr. Pallés, no son personajes fabulosos, no son creaciones del autor: son seres históricos evocados de la tumba, á quienes la pluma del Sr. Pallés reviste de nueva vida, para hacerlos pasar con todas sus virtudes, con todos sus defectos, con todo su interés dramático é histórico ante la vista del lector, que por unos momentos se cree trasladado á unos tiempos que pasaron, y á una nación que no existe ya.

Las leyes y las costumbres hebreas; la constitucion de los tribunales de los israelitas, y los personajes que los componian; los tipos y los lugares de las escenas que en esta obra se desarrollan; los esfuerzos que hacian unos para conducir el Redentor al patíbulo, y los trabajos de los buenos para evitar tan inaudito crimen; el dulcísimo tipo del Redentor divino, siempre enamorado de los hombres, el tierno de la Virgen Madre, siempre llenos de lágrimas sus ojos, y siempre rebosando su alma el perfume de la santa conformidad; el ardientemente enamorado corazón de Magdalena, el generoso de Marcos, de Berenice y de Claudia Prócula, esposa de Pilatos, el sagaz y malvado de Anás, el tempestuoso de Onkelos siempre dominado por la ira y los propósitos de venganza, el vanidoso del maldito Caifás, y el hinchado y necio de Eleazar; el dulce de Juan el evangelista, el decidido de Simon Pedro y de Santiago, el repugnante de Judas Iscariote y de Malco, junto con la multitud de seres ora buenos, ora malos, que intervienen en el drama sangriento del Gólgota, todo esto pasa ante los ojos del lector sin perder nunca el interés dramático, y aumentando siempre el deseo de ver el fin. Aquí las lágrimas se deslizan insensiblemente de los ojos, allí el ánimo se llena de indefinible pavor, mas allá el horror se apodera del espíritu; aquí el alma se acongoja, allí llora la Madre de Dios, allá gime y suspira el Redentor; ora es la naturaleza la que se estremece, ora es un pueblo inconstante el que grita y pide la muerte del Mesías; siempre son las pasiones las que como tormentosas olas se levantan contra el divino Nazareno, y siempre es el divino Nazareno el que con su dulzura y amor abate el turbion de las pasiones que braman contra él.

La escasa delicadeza del autor en vista de tanto movimiento como hay en su obra, y de tanto personaje desconocido de la mayor parte de los hombres como interviene en ella, ha temido que le achacaran ese movimiento y esos personajes á creacion propia, y para evitarlo, y queriendo demostrar al mismo tiempo la gratitud que siente por el eminentísimo señor Cardenal Arzobispo de Valencia, á quien debe muchos favores, ha puesto el nombre glorioso del mencionado Cardenal en la primera página de *La Pasión del Redentor*, para que ese nombre le sirva de escudo contra los juicios que pudieran algunos formar acerca de la obra, achacando su accion interesantísima á la novela y no á la historia.

Esta casa editorial al ofrecer hoy al público *La Pasión del Redentor*, no ha vacilado en hacer cuantiosos desembolsos, para poner la parte material á la altura de la obra, y al efecto estrenará en ella un tipo, é irá ilustrada con veinte y cuatro primorosas láminas, comprendiendo estas los RETRATOS DE JESUCRISTO Y DE LA VIRGEN MARÍA, RETRATOS VERDADEROS, el uno sacado de una esmeralda en la cual hizo Tiberio grabar el busto del Redentor, y el otro de una pintura de san Lucas, que se conserva en la Catedral de Valencia. Finalmente, se dará una VISTA DE JERUSALEN Á OJO DE PÁJARO de grandes dimensiones tal como dicha ciudad se hallaba en tiempos de la Pasión, para que puedan seguir los lectores las escenas que en la obra se describen, teniendo delante dicha vista panorámica de la ciudad deicida.

Como esta casa editorial no gusta de prometer lo que no debe cumplir, remitimos el público á la obra que hoy anunciamos, para que se convenza hasta la evidencia de cuanta verdad se encierra en todo cuanto hemos dicho hasta aquí, restándonos solo añadir que **consideraremos suscritos á *La Pasión del Redentor*, á todos los suscritores de la obra *Armonías entre gozos y pesares; ó escenas tiernas de la vida de san José*, á no ser que dichos señores nos participen su deseo de no querer seguir siendo suscritores á la indicada serie de obras religioso-recreativas, que con tanto favor del público hemos empezado á dar á luz.**

## CONDICIONES DE LA PUBLICACION.

LA PASION DEL REDENTOR constará de dos tomos en 4.º y de regulares dimensiones, que repartiremos en entregas de 8 páginas, dando ocho semanalmente, al ínfimo precio de UN CUARTILLO DE REAL cada una en toda España. Las láminas y la *Vista de Jerusalem* que la ilustrarán, y repartirán en el transcurso de la publicacion, serán GRATIS.

Puede cualquier particular suscribirse á esta obra, así como á las demás publicaciones de la casa, dirigiéndose á D. Eusebio Riera, acompañando el importe de lo que se pida en sellos de franqueo, libranzas sobre Tesorería ú otro medio, y será atendido puntualmente. Tambien pueden adquirirse por medio de sus corresponsales.